



NUEVA Y CURIOSA RELACION  
DE LA PEREGRINA DOCTORA

PRIMERA PARTE

Soberana luz brillante,  
Madre del divino Verbo,  
amparo de pecadores,  
palma, luz, libano y huerto;  
dad á mi pluma la gracia,  
que si la logro pretendo  
contar un caso admirable  
de los muchos que habeis hecho.  
En la ciudad de Lisboa  
y en su lusitano pueblo,  
vivía un gran potentado  
tan noble y tan caballero,

que general de las tropas  
lo hizo su rey don Pedro;  
le llaman don Alejandro  
de Figueroa y Sarmiento,  
Este tal era casado  
(¡con qué pena lo refiero,  
con qué pesares lo digo  
y con qué dolor lo siento!),  
con una preciosa dama,  
de tan peregrino aspecto,  
con la mujer más hermosa  
que habia en todo aquel reino,

tan discreta y tan bizarra  
 que si á Vénus eligieron  
 por Diosa de la hermosura  
 dándole la palma en premio,  
 en doña Inés con más gracia  
 se hallan Palas, Juno y Vénus.  
 Se llamaba esta señora  
 doña Inés Portocarrero;  
 su esposo don Alejandro,  
 que adora sus pensamientos,  
 la tierra que pisa besa,  
 y de continuo en su pecho  
 la idolaltra cual deidad,  
 que es su mayor consuelo.  
 Este tap tiene un hermano  
 en su alacio con ellos,  
 que le llaman Federico,  
 libiano, altivo y soberbio;  
 este se quedaba en casa  
 como de interino dueño  
 cuando el hermano salía  
 á cumplir con sus empleos;  
 siendo pirata de esclavos  
 y verdugo de los negros,  
 enfado de las doncellas  
 que le estaban asistiendo,  
 porque á todos les servía  
 de muy gravísimo peso,  
 que lo que pasa en palacio  
 en todo se está metiendo.  
 Este tal se enamoró  
 con mal nacidos intentos  
 de la mujer de su hermano  
 doña Inés Portocarrero;  
 anda triste y pensativo,  
 sin color y amarillento,  
 hasta las aves le enfadan  
 cuando vuelan por el viento.  
 En fin, se determinó  
 cierto dia en unos versos  
 fingiendo ser de su esposo,  
 y echando un papel en medio,  
 darla parte de su amor  
 con infernales intentos.  
 Tomó doña Inés la carta

con alegría y contento  
 por ser de don Alejandro,  
 su consorte y compañero.  
 Estándola repasando  
 reparando en aquel pliego  
 que estaba muy poco hollado,  
 escrito de poco tiempo,  
 rompió la nema, y al punto  
 que ha empezado á leerlo,  
 en su presencia lo arroja  
 hecho pedazos al suelo.  
 Detente, mujer incauta,  
 guarda el papel en tu pecho,  
 que podrá ser que te sirva  
 algun dia de provecho;  
 mas, en fin, ya lo rompió,  
 ¡qué lástima! no hay remedio.  
 Mas, viendo don Federico  
 el desaire que le ha hecho,  
 colérico y enojado  
 brota por los ojos fuego.  
 Mas, ella disimulaba,  
 y á solas está diciendo:  
 —¡Quién ha de guardar mi honor  
 quiere ofenderme, cielo!...  
 Mire por sí, Federico,  
 sea juicioso y cuerdo.  
 puesto que dos hermanos  
 son dos almas en un cuerpo.  
 No le quiso decir más;  
 él se metió en su aposento  
 maldiciendo su fortuna;  
 jura por los altos cielos,  
 que á pesar de todo el mundo  
 ha de lograr sus intentos.  
 Miró doña Inés un dia  
 á don Federico atento,  
 y le vió de que traía  
 el rostro muy descompuesto,  
 y que le estaba brotando  
 la ponzoña y el veneno;  
 mas ella, como discreta,  
 entre sí estaba diciendo:  
 —Este quiere intentar  
 un villano atrevimiento.

que ya vendré á visitarte,  
aunque yo nunca te dejas;  
un leon te ha de traer  
proporcionado alimento,  
y aqúeste te ha de guardar,  
que estés velando o durmiendo.  
La Virgen y el bello Niño  
luego desaparecieron,

## SEGUNDA PARTE

Vamos ahora á los cuatro  
que se quedaron riendo,  
que entre los tres dieron muerte  
al que era jefe de ellos,  
y los otros que se hallaron  
de jaula sin el jilguero,  
la buscaron por el monte  
como caballo sin freno:  
mas viendo que no la hallan  
hicieron este concepto:  
—¡Muy bien habemos quedado!  
¿qué buena cuenta daremos  
allá de nuestras personas  
del encargo que traemos?  
—Lo que podemos hacer  
con este difunto cuerpo  
será sacarle los ojos  
y el corazon, y en un lienzo  
nos lo podemos llevar,  
y cumpliremos con esto.  
En breve lo ejecutaron,  
que fué diciendo y haciendo.  
Dan la vuelta á palacio  
y entregan en el pañuelo  
el corazon y los ojos,  
y don Alejandro atento  
con cuidado preguntó  
por el otro compañero;  
todos juntos á una voz  
estas palabras dijeron:

quedándose doña Inés  
confusa en su pensamiento,  
por saber de que un leon  
la ha de dar el alimento,  
Pero en la segunda parte  
dará Juan Miguel del Fuego,  
á todo oyente, el relato  
del suceso verdadero.

—También se quedó en el monte,  
porque quiso muy soberbio  
profanar á doña Inés,  
y lo matamos por eso,  
y en el monte se quedó  
por andar tan descompuesto.  
Volvamos á doña Inés,  
que estando tomando el fresco  
sentada junto á una fuente,  
volviendo el rostro sereno,  
vió que venia un leon  
tan galan, tan halagüño,  
tan hermoso, tan bizarro,  
que daba contento el verlo,  
y que en la boca traia  
el canastillo pequeño  
hecho con dos mil primores,  
todo de viandas lleno.  
Hízola una cortesía,  
y lamiéndola los dedos  
le entregó el canastillo  
á su señora y su dueño,  
y á la puerta de la cueva,  
paseándose y rugiendo  
anda haciendo centinela,  
guardándola muy atento.  
Al otro dia lo mismo  
y de este modo iba siguiendo.  
Pasaban todos los dias  
las cosas que aquí refiero.

Vamos á don Federico,  
que preguntó a los monteros  
si es verdad que la mataron,  
que les guardará el secreto,  
y que también les dará  
gran cantidad de dinero.  
Al fin dijeron que no  
y contaron el suceso,  
como se quedó en el monte  
sin agraviarla en un pelo.  
Don Federico responde:  
—En el alma lo agradezco;  
todos juntos hemos de ir  
á buscarla en el desierto,  
que no pase de mañana;  
y á mi hermano le diremos  
que á una grande montería  
voy con otros caballeros.  
Salen del palacio y llegan  
al fragoso Pirineo,  
en sus encumbrados riscos,  
peñas y montes subiendo;  
mas quiso su mala suerte  
que con la caverna dieran  
donde doña Inés estaba  
para perdicion de ellos,  
que el leon de que los vió,  
muy enojado y sangriento,  
á los tres despedazó  
en menos que dura un credo  
salvándose solo el otro,  
aunque vivo, casi muerto.  
Mas doña Inés lo libró  
del fiero animal sangriento  
porque era don Federico  
que lo conoció al momento:  
do cupo en su sangre noble  
aquel refran verdadero,  
porque ella la mala obra  
la pagó con buen extremo:  
Da la vuelta á palacio  
con mentiras y embelecós,  
diciendo que un jabalí  
le mató los compañeros,  
y que él, con cinco heridas,

se subió encima de un cerro,  
y que de allí se escapó  
de aquel monstruo soberbio.  
En el dia señalado  
de la Encarnacion del Verbo,  
se apareció á doña Inés  
la Virgen de los Remedios  
toda adornada de flores,  
con el rostro muy risueño,  
diciéndola:—Dios te guarde,  
hija. Ya llegó el tiempo  
de que dejes este sitio  
y te vayas á tu pueblo,  
curarás á tu esposo  
que dias ha que está enfermo,  
y tambien á tu cuñado  
que las heridas vertiendo  
todavía le echan sangre,  
y perdónale los yerros.  
El leon que te ha traido  
el cotidiano alimento,  
ha sido por mi mandato,  
que así pago cuando quiero,  
reservando á mis devotos  
de este y semejantes riesgos.  
Con esto la dió la Virgen  
un pomito muy pequeño  
lleno de bálsamo heróico,  
como bajado del cielo;  
quedándose doña Inés  
convertida en pasajero,  
camino que va á Lisboa,  
con su báculo y sombrero,  
y peregrinando llega  
á la córte en breve tiempo,  
á donde en ella curó  
muy grande copia de enfermos,  
sin que el bálsamo precioso  
se menoscabara un pelo.  
Toda la ciudad se admira  
de la peregrina, viendo  
los enfermos que curaba  
tan consumidos y secos,  
y luego los veian sanos  
dentro de muy breve tiempo.

mas antes  
yo quiero  
Mandó al  
albañiles y  
y que en r  
hiciesen, d  
una bóved  
cubierta co  
cuanto cup  
un par de  
y que á la  
unas barre  
cuanto se  
meter el m  
con su gol  
el pestillo  
En breve t  
que en dor  
muy pront  
por largo c  
De que est  
el reducido  
llamando á  
doña Inés  
le dice:—F  
porque mu  
quiero llev  
á ver los á  
verás una  
hecha por  
para en vir  
que salga á  
De que oy  
se creyó m  
que lo que  
se iba conv  
Se fueron  
viendo aqu  
con la cam  
le dió el co  
diciendo:—  
hoy se logr  
Mas dijole  
con engaño  
—Entre us

mas antes que lo ejecute  
yo quiero poner remedio.  
Mandó al punto que viniesen  
albañiles y arquitecto,  
y que en medio del jardín  
hiciesen, de jaspe negro,  
una bóveda curiosa  
cubierta con azulejos,  
cuanto cupiese una mesa,  
un par de sillas y un lecho;  
y que á la puerta le pongan  
unas barretas de hierro,  
cuanto se pueda por ellas  
meter el mantenimiento.  
con su golpe como cárcel,  
el pestillo fuerte y recio.  
En breve tiempo se hizo,  
que en donde sobra el dinero  
muy pronto se facilita  
por largo que sea el tiempo.  
De que estuvo preparado  
el reducido aposento,  
llamando á don Federico  
doña Inés Potocarrero,  
le dice:—Hermano mio,  
porque muy triste te veo  
quiero llevarte al jardín  
á ver los árboles bellos,  
verás una arquitectura  
hecha por un buen maestro,  
para en viniendo mi esposo  
que salga a tomar el fresco.  
De que oyó estas razones  
se creyó muy satisfecho  
que lo que antes fué esquivéz  
se iba convirtiendo en celos.  
Se fueron hacia el jardín,  
viendo aquel casino ameno,  
con la cama tan curiosa,  
le dió el corazón un vuelco,  
diciendo:—Esta es mi suerte;  
hoy se logran mis deseos.  
Mas díjole doña Inés  
con engañosos intentos:  
—Entre usted, don Federico,

repare lo que hay por dentro  
mientras yo cojo unas flores  
de las mejores del huerto.  
Hizo lo que le mandó,  
y apenas le vió dentro,  
cuando tirando la puerta  
con tal varonil esfuerzo,  
que quedando el golpe echado  
quedó Federico preso,  
diciéndole:—Aquí se pagan  
villanos atrevimientos.  
De que oyó aquestas razones  
tiró el ajuar al suelo,  
escarba, bufa y patea,  
parece un leon sangriento;  
jura que se ha de vengar  
á pesar del mundo entero.  
(Si el papel no hubiera roto  
no se viera en este espejo.)  
Ella se fué á su retrete,  
dejándole en cautiverio.  
Cuando vienen á palacio  
visitas de caballeros,  
de señoras principales,  
de sus parientes y deudos,  
cuando preguntan por él,  
dice doña Inés á tiempo,  
que le ha dado un accidente  
y un frenesí descompuesto,  
que ha habido que encerrarle  
para tenerle sujeto;  
que distraccion y regalos  
de sobra los tiene dentro.  
Desde entonces doña Inés  
tomó de casa el manejo,  
diciendo que está su hermano  
melancólico y enfermo.  
De allí á seis meses se supo  
en la córte por muy cierto,  
que el campo se levantaba,  
conviniéndose los reyes  
en dar treguas á la guerra,  
y que próspero y contento  
viene ya don Alejandro  
echando plumas al viento.

Doña Inés á Federico le llevó un vestido nuevo, un caballo enjaezado, unas botas y el sombrero, un maestro que lo afeite, y que montase ligero y le salga á recibir con brazos abiertos, sin darse por entendido del indicado suceso, que lo que ha hecho con él él debía agradecerlo. Con esto abrióle la puerta aunque con algun recelo; y él no se quiso quitar el traje que lleva puesto, y sin afeitarse monta en el alazan soberbio. El hermano que lo vió tan abominable y feo, le pregunta:—Hermano mio, ¿cómo vienes tan horrendo? ¿qué pesares te molestan, qué disfraces son aquestos? Entonces le respondió de esta manera, diciendo:—Tu esposa tiene la culpa de verme como me veo porque no hice su gusto, que descansando en mi lecho una noche me invitó echándome mil requiebros; pero yo le respondí dándole buenos consejos, y por aquesta razon me ha estado dando tormentos, y me ha tenido hasta ahora en triste recinto preso. Don Alejandro que escucha tan terrible atrevimiento, como un mármol se quedó un largo rato suspenso, que quisiera que el abismo le sepultara en su centro: y entrando por el palacio

le salió al recibimiento aquella blanca azucena, aquella joya sin precio, á recibirlo en sus brazos del alma, y él con desprecio la pegó tal bofetada, con injuria de los cielos, y por no ver su hermosura mandó que cuatro monteros que son hombres de mal alma, la llevasen á un desierto, y que le saquen los ojos y el corazon de su centro, que en un paño se lo traigan para quedar satisfecho. ¡Qué lastima, qué dolor, qué pena, qué sentimiento, qué injusticia, qué agravio, qué castigo sin deberlo! Salen una noche triste, amparados del silencio, aquellos facinerosos, y antes que rompiera Febo en un monte se hallaron tan encumbrado y espeso, que aquel dorado planeta que vive en el cuarto cielo, no ha podido con sus rayos descubrirle sus cimientos. Estando en aqueste sitio arrimados á un gran fresno, antes de darla la muerte se disputaron primero aquella prenda del orbe, aquella joya sin precio. Arman tan cruel batalla sobre quién será el dueño, que los cuatro parecian unos lobos carniceros; pero la Virgen María los aires baja rompiendo con su hijo de la mano sacro Niño y rey inmenso, y la dice:—Devota mia, libre estás, no tengas miedo,

la nueva al general  
don Alejandro Sarmiento,  
que estaba ya desahuciado  
por la ciencia de Galeno,  
juntamente su hermano.  
Al instante dispusieron  
criados que por las calles  
y la ciudad recorriendo  
buscasen la peregrina;  
preguntando á todo el pueblo  
vinieron á dar con ella  
en un humilde convento  
de las monjitas descalzas,  
que estaba con sano celo  
curando á las religiosas  
de tabardillos molestos.  
Entre dos comendadores  
en un coche la metieron,  
dan la vuelta á palacio,  
y visitando al enfermo,  
tomándole el pulso dice:  
—Diga, señor caballero,  
de qué pende esa dolencia?  
El dice:—De sentimiento,  
y de un gran dolor continuo,  
que desecharlo no puedo.  
Entonces ella responde:  
—No es mucho ese sentimiento,  
ni aqueste dolor es tanto,  
pues que de él no ha muerto.  
Apenas le echó en los labios  
aquel bálsamo supremo  
se levantó dando gracias  
al divino Padre Eterno.  
Queriendo tomar la puerta  
se atajaron los vuelos  
diciendo:—Por Dios, detenga,  
que hay que curar otro enfermo.  
Entonces ella responde:  
—Por mi vida que no puedo  
detenerme ni un instante,  
ni á curarle me atrevo  
ni en público no confiesa  
todas sus culpas y yerros.  
Dijo el enfermo que si,

pues ya estaba casi muerto,  
y le huelen las heridas  
que privaban el aliento.  
Mandó juntarse la gente  
de sus parientes y deudos,  
hasta los mismos criados  
que en palacio están sirviendo.  
A todos pidió perdón,  
pero á su hermano primero.  
El hermano le perdona  
en aquel mismo momento.  
—Hermano y señor, tu esposa  
era una joya sin precio,  
era un arca de esmeraldas,  
ejemplo de los ejemplos,  
dechado de las mujeres  
y espejo de los espejos.  
Y yo tan vil criatura,  
quise ofender su respeto,  
y por querer ofenderla  
me tuvo seis meses preso,  
mas yo por vengarme de ella  
la levanté el falso enredo.  
Don Alejandro que escucha  
echó mano al fuerte acero,  
diciéndole:—Vil hermano,  
atrevido y desatento,  
por haberte perdonado  
en tu sangre no me vengo.  
Entonces la peregrina  
le fue untando con los dedos  
las heridas, y al instante  
se levantó ya tan bueno.  
Grande copia de doblones,  
que pasaban de trescientos,  
le dan á la peregrina,  
y ella haciendo menosprecio  
dice:—Guarden las monedas,  
quiten allá ese dinero,  
que quizás les hará falta  
para sustentar los negros.  
Mas con cuidado miraba  
don Alejandro atento  
el rostro a la peregrina,  
y el traslado de su pecho

viendo que era todo uno,  
se abrasó en vivos incendios,  
la dice:—Señora mía,  
¿de qué patria ó de qué reino  
es usted, aunque perdone?  
Ella con suaves ecos  
le responde:—Señor mio,  
yo soy de todos los reinos,  
vecina de todo el mundo,  
á mí me llaman por eso  
la Peregrina Doctora  
sin interés del dinero:  
la que curó a su marido  
y á su enemigo proterbo.  
Entonces Don Alejandro  
la dió un abrazo muy tierno,  
reconoció que es su esposa  
aquel hermoso portento.  
Toda la ciudad se admira  
la gran maravilla viendo;  
de puro contento lloran,  
y parece un jubileo  
de damas y de galanes  
y parientes que acudieron,  
que en el palacio no caben,  
sabiendo aqueste suceso.

En la ciudad de Lisboa  
hacen fiestas y torneos,  
toros y juegos de cañas,  
comedias y pasatiempos.  
A don Federico casan  
con otro hermoso portento,  
hermana de doña Inés,  
Elvira Portocarrero,  
quedando don Alejandro  
próspero, alegre y contento  
con su esposa doña Inés,  
rosa, clavelina, espejo,  
peregrina montañesa  
la que estuvo en el desierto,  
la que libró a su enemigo  
de manos del leon fiero.

Con esto acaba la historia  
ó aqueste breve compendio,  
de la mujer mas heróica  
que se ha visto en tales riesgos.  
Y la Virgen nuestra Madre  
la libró de los perversos,  
cubriéndola con su manto,  
poniendo al demonio freno,  
que siendo devota suya  
no la abandonó un momento.

FIN.

MADRID.—Despacho: Hernando, Arenal, 11.



## DOÑA JUANA DE ACEBEDO.

### PRIMERA PARTE.

Hombres que andais por el mundo  
 por cumplir vuestros deseos,  
 por ver tierras y saber  
 lo que hay de un reino á otro reino;  
 ninguno niegue su patria  
 sin tener impedimento,  
 porque es mucha desventura  
 la de un pobre forastero;  
 y si lo quereis saber  
 de mí tomareis ejemplo.  
 Yo nací en Andalucía,  
 la que es la flor de los reinos,  
 y en Arcos de la Frontera  
 pasé mis años primeros.  
 Salí dejando mi patria,  
 llevado del pensamiento  
 de ver á la gran Sevilla,  
 que es madre de forasteros.

Se me ofreció una tarde,  
 por holgar el pensamiento,  
 dejando imaginaciones,  
 y por alegrar el pecho,  
 salirme á mirar las aguas  
 del Guadalquivir soberbio,  
 deleitándome en sus olas,  
 como corrian sin freno,  
 hechas montañas de espuma  
 de aquel valdragon soberbio.  
 Ví venir una carroza  
 con seis nobles caballeros,  
 los mejores de Sevilla,  
 que en sus católicos pechos  
 veneran las encomiendas  
 de Guzmanes y Carreros.  
 Cada cual lleva su esposa  
 al deleite y al paseo;

y para mayor grandeza  
 y mayor merecimiento,  
 la hija del Asistente,  
 doña Juana de Acebedo,  
 que en su gala y gentileza  
 era una garza á lo menos,  
 en su carroza dorada,  
 cubierta de terciopelo,  
 y un águila coronada  
 encima con un letrero  
 que dice: volando voy  
 con esta hermosura al cielo:  
 viéndome con traje humilde  
 caso de mí no hicieron,  
 porque la mucha pobreza  
 es causa de menosprecio.  
 Llegando á orillas del agua  
 se apean los caballeros,  
 todos de la mano sacan  
 á este reluciente espejo,  
 las sedas y los brocados  
 arrastrando por el suelo.  
 Sucedió que en la ocasion  
 venia un toro huyendo  
 de unos hombres de á caballo,  
 muy mal herido y sangriento:  
 se entró por una arboleda,  
 que de vista le perdieron,  
 el aire lleva en los pies,  
 y corre á la par del viento.  
 Una sierpe en cada ojo,  
 trae en la boca el veneno,  
 con un rayo en cada punta,  
 que es un disparado trueno.  
 Las mujeres daban voces  
 invocando á Dios del cielo:  
 pero los seis Alejandro  
 se preparan con empeño,  
 y arrancando las espadas  
 al toro fuerte acudieron.  
 A dos de ellos echó en alto,  
 dejándolos casi muertos,  
 y los cuatro libremente  
 prestaron alas al viento.  
 Entretanto las señoras  
 entre las hojas de un fresno

de su tronco se ampararon  
 que aquesta dicha tuvieron,  
 dejándose á doña Juana  
 sola en mitad del desierto;  
 llega el toro embravecido  
 y la levantó en los cuernos.  
 Compadecido de verla,  
 antes que llegara al suelo,  
 de mi lástima movido  
 lo llamé con el sombrero;  
 tan diestramente jugó  
 mi brazo el brillante acero,  
 que á la primer estocada  
 en mis plantas cayó muerto.  
 Volvamos á doña Juana,  
 que estaba tendida al suelo,  
 toda la ropa arrollada,  
 cubierto de frio el cuerpo,  
 llena de polvo y arena;  
 y yo de lástima, tierno,  
 la levanté de la mano,  
 me puse á mirarla atento,  
 ví á la imagen de la muerte  
 un clavel pálido y yerto,  
 ví una luna eclipsada,  
 y quebrarse ví un espejo.  
 De los brazos me la quitan  
 las damas y caballeros  
 entendiendo que es difunta;  
 y á la carroza volviendo  
 dan la vuelta hácia Sevilla  
 con cuatro mulas corriendo:  
 con la prisa y desaliño  
 de mí no sé despidieron,  
 ni fueron para decirme:  
 Dios te lo pague, mancebo,  
 la diligencia y peligro  
 que en esta ocasion te has puesto.  
 Donde esperaba ventura  
 quedé como de primero,  
 solo, triste, en tierra ajena,  
 pobre y sin ningun remedio.  
 A otro dia de mañana  
 pasé por su casa á tiempo  
 que estaba su mayordomo  
 refiriendo este suceso;

entrom  
 y le di  
 ¿qué ta  
 que me  
 su desg  
 no pud  
 Y el bá  
 lleno d  
 mire el  
 ¿qué le  
 ¿pues é  
 para m  
 Tan en  
 y falto  
 que le  
 y le di  
 á no ac  
 y la ju  
 Me llev  
 donde  
 me pid  
 y les d  
 soy un  
 y no te  
 y vienc  
 cosa co  
 me aga  
 entre c  
 y allí e  
 de cab  
 donde  
 (amigos  
 Compa  
 un alex  
 de un c  
 salió ca  
 á quier  
 y le gu  
 Aquest  
 que do  
 me llev  
 consolá  
 amigo,  
 que aq  
 ¿qué ca  
 te han

entrometí una palabra,  
y le dije: caballero,  
¿qué tal está esa señora?  
que me pesa, vive el cielo,  
su desgracia, pues al verla  
no pude llegar mas presto.  
Y el bárbaro me responde,  
lleno de cólera y ciego:  
mire el patán que pregunta:  
¿qué le va al pastor en eso?  
¿pues él ha de tener boca  
para mentarla en un pelo?  
Tan enfadado me puse  
y falto de sufrimiento  
que le dí unas puñadas,  
y le diera mas de ciento  
á no acudir tanta gente,  
y la justicia con ellos.  
Me llevaron á la cárcel,  
donde allí ví muchos presos,  
me pidieron la patente,  
y les dije: caballeros,  
soy un pobre desvalido  
y no tengo ni un remedio;  
y viendo que no tenia  
cosa con que socorrerlos,  
me agarraron al instante  
entre cuatro ó cinco de ellos,  
y allí en una pila de agua  
de cabeza me metieron,  
donde biese mil gorgoritos  
(amigos, la verdad cuento.)  
Compadecido de verme  
un alentado mancebo  
de un oscuro calabozo  
salió cargado de hierro,  
á quien todos le temian  
y le guardaban respeto.  
Aqueste fue mi padrino,  
que donde hay malos hay buenos:  
me llevó á su calabozo,  
consolándome y diciendo:  
amigo, tener paciencia,  
que aquí todos la tenemos;  
¿qué causas ó qué delitos  
te han traído á tal estremo?

Yo le dije: mis pecados,  
esto es permision del cielo;  
hará tres dias cabaies  
que entre parientes y deudos  
en Arcos me paseaba  
de dos mil placeres ileno;  
y ahora por mis pecados  
en esta cárcel me veo  
solo y sin ningun consuelo,  
por dar la vida á una dama  
ahora vivo muriendo,  
no porque su amante sea,  
ni menos pretendo el serlo.  
La hija del Asistente,  
doña Juana de Acebedo,  
ayer tarde la libré  
en su infeliz paseo  
de un toro y no conoció  
quién la libró de aquel riesgo.  
Pasé por su casa hoy mismo,  
y á un paje ó escudero  
pregunté por su salud;  
mas el bárbaro insolente  
me maltrató de palabras;  
yo falto de sufrimiento  
le he dado de puñadas,  
y de lo cual me arrepiento,  
donde por este delito  
habré de regir un remo.  
Me respondió: amigo mio,  
concedo con todo eso,  
pues me has dicho tu vida,  
contarte la mia quiero.  
Diez años fui capitán  
de famosos bandoleros:  
quité vidas, robé haciendas  
hurté joyas y dineros  
donde por estos delitos  
en esta cárcel me veo  
con tres sentencias de muerte  
sin tener ningun remedio;  
pero yo confio en Dios  
y en la Reina de los cielos,  
el alma es la que la mando,  
y pague el delito el cuerpo;  
pero vos, amigo mio,

muy presto tendreis remedio.  
Una carta le escribió  
al Asistente el mancebo,  
y en su nombre se la envía,  
diciendo: gran caballero,  
de noble sangre hidalga,  
y de Sevilla el gobierno,  
duélete en un delicuente  
que en la cárcel tienes preso.  
Yo soy aquel que libró  
ayer tarde en el paseo  
de los brazos de la parca  
á la que llama espejo  
de vuestra casa, y por ella  
yo maltraté al escudero.  
Perdone vueseñoría  
por un yerro y otro yerro,  
que si ultrajé al mayordomo  
yo levanté hasta el cielo  
á doña Juana, y así  
que me deis libertad quiero.  
Leyendo estaba la carta  
el conde en el aposento,  
la hija desde su cuarto  
todo lo estaba oyendo;  
respondió desde la cama  
con altas voces diciendo:  
no es esa paga de nobles,  
por afrentada me tengo,  
quien á mí me dió la vida  
que ahora viva en encierro.  
A lo que el padre responde:  
hija, no seguirá preso,  
te lo ofrezco, y al instante  
á un criado mandó presto  
á la cárcel y pregunte  
por este noble mancebo.  
Se fue el criado á la cárcel,  
dándome el recado luego.  
—Dí á tu señor y mi dueño,  
que estimo á su merced  
los favores que me ha hecho;  
aquí estoy para servirle  
ahora y en todo tiempo;  
mas que no puedo salir,  
que tengo en la cárcel preso

á un deudo mio, y quisiera  
por él alcanzar lo mismo.  
Volvió el criado á su casa;  
pero doña Juana viendo  
que va solo, le pregunta  
por este noble mancebo.  
—Dice, señora que tiene  
dentro de la cárcel preso  
á un deudo sayo, y quisiera  
que hiciérais con él lo mismo.  
—Corre y dí que les suelten,  
y que mas no queden presos,  
siendo mi gusto que salgan  
que deseo el conocerlos.  
Volvió el criado á la cárcel,  
los echan fuera al momento:  
salen los dos á la calle.  
Romero y el bandolero,  
siernamente se abrazaron,  
estas palabras diciendo:  
amigo, guárdete Dios,  
que por ti la vida llevo;  
¿con qué te podré pagar  
una vida que te debo?  
Se separaron los dos;  
entrando Alonso Romero,  
saludando á doña Juana,  
la contó todo el suceso,  
del medo como pasó  
cuando hirió al escudero.  
Respondióle doña Juana,  
por cierto que está bueno este,  
quien por mi salud pregunta  
en el alma lo agradezco;  
no ha de parar en mi casa  
una hora ni un momento.  
De allí fue á servir al rey,  
se embarcó en un barquichuelo,  
quedando con este encargo  
el buen Alonso Romero.  
Este es el primer romance  
que refiere este suceso,  
y en el segundo verán  
como este honrado mancebo  
se casó con doña Juana,  
dando aqui fin el suceso.

DE

Ya sab  
de terra  
de Sevilla  
y fue á  
en las g  
adonde  
que es v  
El ban  
Dejem  
con su  
y vam  
que del  
enamora  
anda q  
Como e  
y de li